

Grupo de Espiritualidad Ignaciana (ed.) (2017). *Escritos esenciales de los primeros jesuitas. De Ignacio a Ribadeneira*. Colección Manresa, vol. 62. Mensajero —Sal Terrae— Universidad Pontificia Comillas, 887 pp.

La obra que se presenta está llamada a convertirse en una referencia obligada, porque se trata de un libro pertinente. Constituye una verdadera novedad editorial, no tanto por el género en el que se enmarca, puesto que una antología de textos es una categoría clásica, sino porque aporta una mirada nueva. Cualquier lector interesado podría pensar encontrar en sus páginas el reflejo de una «arqueología literaria», consistente en la recuperación de textos y fuentes documentales valiosas y apreciadas por el investigador avezado o para los iniciados en la materia. Si bien quien pretenda encontrar estas cuestiones en el libro tampoco se sentirá decepcionado, la novedad de la obra reside en el enfoque, que permite poner de relevancia las múltiples riquezas del contenido de sus páginas.

Son muchos los aspectos que se deben destacar, como el formato manejable a pesar de su solidez, así como la fácil aplicación práctica de sus contenidos, por ejemplo, en labores docentes. Sin embargo, en primer lugar me gustaría detenerme en la estructura del libro. Tras el prólogo y la introducción imprescindibles, puesto que cumplen su cometido como elementos clarificadores del contenido de las siguientes páginas y predisponen al lector, encontramos una tabla de abreviaturas que nos remiten a las fuentes utilizadas. Ciertamente, el grupo editor no ha realizado un trabajo de recatar fuentes de archivo, si bien hay una labor de traducción realizada por los editores que se debe significar. Los textos han sido seleccionados de una manera cuidadosa. Al no tratarse de una edición crítica, puesto que ya se ha hecho esta labor en otras grandes obras de referencia no hay notas explicativas que distraigan al lector. El texto se presenta de manera simple y sencilla. Se explica así mismo. Los editores han tenido el acierto de dejar hablar a los textos. Evidentemente, la mayor dificultad estriba en la selección de los textos. Como no puede ser de otra manera, hay que conocer a fondo la materia y las fuentes existentes para poder condensar la esencia que nos promete el título. Sin duda, los fragmentos seleccionados son sustanciales, principales y notables. Ahora, además, esta obra los convierte en más accesibles para el lector medio.

Cada uno de los capítulos está dedicado a un autor, de quien se aporta un retrato y una reproducción gráfica de su firma. Inmediatamente, sigue una reseña biográfica donde se recogen los datos esenciales de su trayectoria vital, su producción intelectual y su dimensión espiritual. Posteriormente, encontramos una bibliografía escogida dividida en fuentes, biografías, y estudios, donde se recogen los trabajos clásicos y aquellos de reciente ejecución que aportan y actualizan la significación del autor estudiado. Seguidamente se encuentran los textos ordenados en tres epígrafes: experiencia, doctrina y praxis, círculo virtuoso que favorece la comprensión de la dimensión espiritual.

Por último, pero quizás una parte importante e imprescindible, se encuentra el índice de materias. Con todo ello, y como nos sugieren los editores, el lector tiene la impresión de estar ante una suerte de «Rayuela», porque no existe un orden necesario para acceder al contenido de la obra. Las incursiones que el lector realice a sus páginas se podrán efectuar desde distintas perspectivas, desde las más evidentes como la cronológica o la temática, hasta la que requiera o motive a mirada más personal.

Para proyectar mi lectura, he aceptado la sugerencia de los editores de seguir la línea definida por aquellos jesuitas que han tenido mayor importancia para comprender el primer desarrollo de la Compañía de Jesús, principalmente en su horizonte histórico. En este sentido, y como el propio subtítulo de la obra nos indica, de Ignacio a Rivadeneira, no sólo nos define un marco cronológico, sino que convierte al segundo en un gozne o bisagra esencial entre dos etapas. Así, hemos de reconocer el esfuerzo que realizó por mantener la unidad identitaria entre ambas. Su labor no fue y no ha sido siempre bien entendida e interpretada, puesto que optó por actuar de forma discreta, en un segundo plano, siempre con ánimo de reconciliar, restañar heridas, cerrar grietas.....en ello empleó prácticamente la mitad de su vida, poniendo su pluma al servicio de este objetivo desde que regresara a España en 1574 hasta su fallecimiento en 1611. Si, evidentemente, se suele señalar su labor en relación con las Constituciones, hoy nos vamos a detener en su producción como biógrafo, y para poder dar la dimensión correcta a sus desvelos, hemos de contextualizarlos.

Los planteamientos político-teológicos que conformaron la idea de la *Monarquía Universal*, que descansaban en la universalidad del catolicismo, en un conglomerado de teorías políticas y principios teológicos auspiciados por los pontífices, así como en la determinación de los monarcas hispanos de identificar su actuación política con la defensa de la religión católica, dieron lugar a que las relaciones existentes entre la Monarquía hispana y la Santa sede estuviesen definidas por una pugna jurisdiccional entre ambas instancias. Durante el siglo XVI, este intento de subordinación se decantó en favor de la Monarquía hispana, que logró articular las herramientas necesarias para someter a la jurisdicción eclesiástica. No obstante, los pontífices lograron invertir esta supeditación, quedando la Monarquía sujeta a la jurisdicción e influjo de la Iglesia en la centuria siguiente. En consonancia, se forjaba el concepto de *Monarquía Católica*. Estos planteamientos se concretaban en la práctica en la adecuación de la conducta política del rey a la ética católica y en la adopción de una espiritualidad radical que se debía difundir y proteger desde la Corte

La dimensión cortesana de Francisco de Borja, como destacado integrante de la facción «ebolista», le proporcionó un profundo conocimiento de la dialéctica mantenida entre ambas instancias y, sin duda, este bagaje le fue de gran utilidad cuando se convirtió en el tercer Prepósito General de la Compañía de Jesús. El leal cumplimiento de las distintas labores encomendadas por el emperador Carlos V se conjugaba, aunque con mayor dificultad tras la puesta en marcha del proceso de confesionalización de la Monarquía a comienzos del reinado de Felipe II, con su posterior proceder en favor de la consolidación de la Compañía de Jesús, la expansión misionera de la orden y la ejecución de diversas actuaciones diplomáticas al servicio del papa. Empleó sus postreros esfuerzos en estos objetivos hasta que se produjo su fallecimiento el 30 de septiembre de 1572.

La elección de Gregorio XIII para ocupar el Solio Pontificio vino a significar un cambio determinante para la Compañía de Jesús. El nuevo papa quería promover el inicio de una etapa caracterizada por el desarraigo de la orden del ascendente de Felipe II para que, mediante una renovación en la espiritualidad, su actuación se identificase de forma más nítida con los intereses de la Santa Sede. Para ello, solicitó a la Congregación encargada de la elección del nuevo General que éste no proviniese de los territorios hispanos peninsulares. La elección de Everardo Mercuriano vino a satisfacer esta demanda. Si bien el papa lograba resguardar a la orden de la influencia filipina, por el contrario, ésta veía declinar su significación en la Corte hispana.

Esta evolución provocaba la generación de una serie de inconvenientes en diversos ámbitos que los jesuitas hubieron de solventar. Así, se intensificó la ofensiva en su contra por parte de los miembros de otras órdenes religiosas en distintos entornos, e, incluso, algunos hubieron de hacer frente a las acusaciones presentadas ante la Inquisición.

Por otra parte, destacados jesuitas hispanos fueron mandados de retorno a la Península después de haber desempeñado importantes cargos en el seno de la orden durante su residencia en Roma. Esta situación provocó un generalizado descontento en este grupo, que llegó a adquirir naturaleza cismática. Sus críticas referidas a la deriva de la Compañía, de marcado carácter regalista, fueron recibidas con agrado por Felipe II. Pedro de Ribadeneira, que, desde 1571, ocupaba el cargo de asistente de España y Portugal, fue uno de los integrantes del grupo de retornados. Aquejado de problemas de salud, se instalaba en Madrid, donde se integraba en la vida de la Corte, para posteriormente trasladarse a Toledo. Rechazado su ofrecimiento de mediar en la cuestión referente a la sucesión al trono de Portugal, determinó centrarse en su faceta de escritor. En 1583, publicaba la primera edición en castellano de la *Vida* de Ignacio de Loyola. La obra, que había sido escrita en 1569 por encargo del General Francisco de Borja, había sido editada por primera vez en lengua latina en 1572, pero el corto número de ejemplares hizo que quedase prácticamente para uso interno de los jesuitas. Supuso una verdadera novedad en el género biográfico en correspondencia con el rigor humanista en el uso de las fuentes, y se convirtió a su vez en la fuente literaria que sustentó la creación de la *Vida* de Ignacio en grabados.

Si bien Ribadeneira se había acomodado a los cambios que se habían operado en la Compañía de Jesús, sobre todo con la llegada de Claudio Acquaviva al cargo de general en 1581, otros jesuitas retornados a la Península habían continuado vertiendo opiniones negativas y críticas a través de diversos memoriales, que fueron aprovechados por la facción cortesana «castellanista» para plantear la necesidad de someter a reforma a la Compañía de Jesús. Por su parte, Acquaviva había ideado el encargo literario de recoger la vida de Francisco de Borja como medio para lograr atraer a Dionisio Vázquez desde la disidencia, y utilizar la biografía resultante como elemento para proyectar una imagen adecuada de la Compañía de Jesús en este nuevo contexto. En esta decisión, la mediación de Ribadeneira había sido esencial. En consecuencia, la determinación de no publicar el texto elaborado por Vázquez en 1586 provocó que Ribadeneira se resistiese durante años a hacerse cargo de un proyecto que conocía desde su génesis. Además, la aceptación del cometido llevaba aparejado tener que pronunciarse públicamente y diferenciarse de las opiniones mantenidas por los memorialistas. En octubre de 1588, Acquaviva había expresado a Ribadeneira como esta disposición paternalista y protectora hacia este grupo, movida por el intento de reintegrar a los descontentos, había tenido consecuencias muy negativas, por lo que había llegado el momento de actuar con severidad contra cualquier tipo de discrepancia.

Sin duda, el resultado de esta decisión preocupaba profundamente a Ribadeneira, que prefería seguir dando muestras de su servicio a la Compañía de Jesús de manera discreta, puesto que, esta forma de proceder le había deparado excelentes resultados. En este sentido, la realización de las biografías de los Generales de la Compañía adquiriría para el autor otros objetivos que excedían la consignación de su devenir vital. Finalizó las biografías de Laínez, segundo General de la Compañía de Jesús, y de Francisco de Borja, dejando al margen sus primeras negativas, en 1592.

En el escenario la V Congregación General (1593-1594) se trató de conciliar todos los intereses enfrentados, logrando un precario equilibrio entre los mismos. En este sentido, la biografía de Laínez compuesta por Ribadeneyra supuso un intento infructuoso de dar solución a la polémica interna surgida en relación a la obediencia ciega. Así, el segundo Prepósito General era presentado como un modelo a imitar en este aspecto, entre otras cosas, por su exaltación del mantenimiento de la unidad ante cualquier riesgo de fractura. Ribadeneyra incidía de forma más decisiva en este aspecto, que ya había significado igualmente en la *Vida* de Ignacio de Loyola al reflejar el nacimiento de la orden. Sin embargo, la biografía de Laínez fue publicada, después de diversos avatares, en un mismo volumen que las realizadas por el dicho autor sobre Ignacio de Loyola y Francisco de Borja, que vio la luz en 1594. Sin duda, uno de los mayores escollos con los que había chocado la edición de un texto independiente estaba referido a los orígenes conversos de Laínez y a la polémica existen en la orden en relación a la adopción de los estatutos de limpieza de sangre. En este sentido, la aceptación por parte de Ribadeneyra de, finalmente, elaborar una biografía sobre Francisco de Borja tenía como principal objetivo contribuir al cierre de los conflictos existentes, sin renunciar a la crítica pero anteponiendo la unidad en el seno de la orden. En el prólogo al lector, el jesuita afirmaba que se había visto movido a escribir la vida de Francisco de Borja por obediencia al General Acquaviva, quien deseaba que la vida de los tres primeros generales de la Compañía de Jesús fuese narrada por la misma pluma y con un mismo estilo.

Así pues, Ribadeneyra atendía principalmente a la resolución de los problemas que afectaban a la Compañía de Jesús como prisma para componer las biografías. A pesar de que no dudó en mostrarse abiertamente crítico con algunas de las decisiones adoptadas por la Congregación, puso su pluma al servicio de lograr superar los escollos y restablecer la unión en el seno de la orden. Este fin superior fue el subyacente de su labor. Se trataban de hacer prevalecer la idea de una unidad esencial.

Nuevamente la esencia. Un esencia que atraviesa y traspasa las páginas de un libro que hoy se presenta y que tendrá amplia difusión por su utilidad desde múltiples perspectivas. Quizás Ribadeneyra, el más longevo superviviente de aquellos jesuitas que habían tratado a Ignacio, sea el puente para que el Grupo de Espiritualidad Ignaciana continúe con su labor de destilar la esencia a través de la selección de textos y facilitar su lectura con una edición de excelente factura como ésta.

HENAR PIZARRO LLORENTE
Universidad Pontificia Comillas